

Ella, la complejidad

Antón Rey Villaverde

Y caí en el pozo del caos.

Agotado por el incesante surgir de eternas no linealidades, me rendí. Había luchado en vano acompañado de un ejército de términos polinómicos, numerosos, pero impotentes para describir aquel comportamiento infernal.

Gloriosos eran aquellos tiempos en los que la complejidad de casi cualquier hipersuperficie podía ser reducida a un puñado de términos. Con una lupa algorítmica suficientemente potente, aquellos arrogantes demonios geométricos n-dimensionales, ocultos tras intrincadas relaciones diferenciales, salían a la luz mediante simple fuerza bruta computacional. Tales recuerdos del suave y robusto mundo de la analiticidad me dieron fuerzas para continuar el viaje. La frontera que separa la convergencia y el infinito debía existir.

Seguí luchando contra descomunales caracolas, serpientes infinitas y otros aterradores monstruos fractales de formas imposibles. En las profundidades florecían espirales de fuego inconcebibles que desaparecían con rapidez al intentar explorarlas de cerca. Y surgían más, todas diferentes, pero curiosamente similares.

De pronto, sobrecogimiento.

Una mezcla de admiración y profundo respeto hacia este nuevo universo hizo detenerme. Decidí contemplar por un momento el espectáculo, tan admirable como estremecedor, hasta que renuncié a cualquier intento por desvelar sus secretos. Su magia radicaba en el misterio y no era mi labor romperla. Debía existir simplemente para ser contemplado.

¿Cómo algo tan bello y delicado podía ocultar algo tan complejo? Dejamos de pasear y nos sentamos en la hierba del Parque de las Ciencias. Mientras observaba su pálido rostro iluminado directamente por un sol primaveral todavía bajo, nuestras miradas se quedaron clavadas. Se me desataron unos irresistibles impulsos de besarla.

Y otra vez la conexión mental se fraguó, ahora enormemente potenciada por el contacto físico, con lo que sus pensamientos se volvieron mucho más nítidos sin dejar de ser igual de singulares. Esta vez logré identificar aquellas quimeras fractales con cada matiz emocional que invadía su mente. Innumerables sentimientos nacían y desaparecían en medio de la misma jungla caótica que antes me había derrotado. Comprendí que la anterior lucha era inútil. El viaje hacia la frontera de la convergencia, de la estabilidad, nunca tuvo sentido.

Acepté que aquellos monstruos fractales me abrazaran con sus incontables tentáculos y me dejé llevar por el turbulento caudal de emociones que dominaban sus pensamientos. Encontré mi sitio bailando al son de melodías inéditas, a merced de atractores extraños, describiendo órbitas impredecibles; quedando atrapado para siempre por ese nuevo mundo, aleatorio, hermoso, complejo, femenino.